



SEMANA SANTA 2019

GLOSA 17/04/2019

'LA ESCALERA'

MEDINA DE RIOSECO

Juan Francisco López Gallego

“Todos se sentían muy conmovidos, llenos de tristeza y de amor. Nicodemus y José de Arimatea pusieron las escaleras detrás de la cruz, subieron y arrancaron los clavos. Enseguida descendieron despacio el santo Cuerpo, bajando escalón por escalón con las mayores precauciones. Fue un espectáculo muy tierno; tenían el mismo cuidado, las mismas precauciones, como si hubiesen temido causar algún dolor a Jesús. Todos tenían los ojos fijos en el cuerpo del Señor y seguían sus movimientos, levantaban las manos al cielo, derramaban lágrimas y daban señales del más profundo dolor”.

Y ahí cobró importancia el sudario, al que hoy damos protagonismo en esta capilla.

Queridos hermanos y hermanas:

Tengo el gran privilegio de ‘pregonar’, llamésmole así, nuestro arranque semanasantero. Lo que acabo de leer pertenece a la mística alemana **Ana Catalina Emmerick**.

En el fondo, con este texto y, por supuesto, salvando las distancias, sólo pretendo que nos traslademos a aquella escena, que no difiere tanto de la salida de nuestro santo paso. Es fácil ver en el corro ese “espectáculo tierno” del que ella habla. Ya no digo nada del cuidado y precauciones que los hermanos tienen para bajar el paso casi a ras del suelo, como si temiesen causar ese dolor citado. Y no es complicado observar esos “ojos fijos” en el paso, seguir sus movimientos, derramar lágrimas y dar señales del más profundo dolor. Parece como si **Emmerick** hubiese visto alguna vez el inicio de la procesión riosecana, a pesar de vivir hace tres siglos.

Y es que La Escalera son instantes. Cada uno tiene los suyos... Muchas veces la propia vida, que a algunos les parecerá casi eterna, se resume en algunos de esos momentos. Parece una incongruencia, pero tiene su argumento.

Les cuento:

Mi padre falleció el 25 de marzo de 2004. Yo tenía 21 años. El 4 abril, Domingo de Ramos, mi nombre resonó en aquel inmenso salón del Enlace. Sacaría el paso por primera vez el 9 de abril después de que un año antes la lluvia lo impidiera. El caprichoso calendario, o quizás alguien desde arriba, la fuerza de un pensamiento o un deseo; o simplemente la casualidad, y así seguramente sería, quiso que un año más tarde, el Viernes Santo fuera precisamente 25 de marzo. Y de nuevo saqué el paso, ahora por lista. Fui uno de los últimos que pude disfrutar

de ese beneplácito que concedía el reglamento en dos años consecutivos.

Ese 2005, 12 meses después de que mi familia perdiera a mi padre, junto a mí sujetó la madera mi hermano, que se estrenaba. El contrapalo y el bispalo de la Virgen eran nuestros ese año. Me agarré si cabe con más fuerza. Por supuesto que saldríamos, como el milagro de cada Viernes Santo en el que apelamos a la épica. Sabía que a la fuerza que mi abuelo me ha dado siempre, para agarrar unas veces la madera y otras el farol, otra vez ahí estaba mi padre... La emoción me superó. Es complicado de explicar y de definir.

Aquí me quiero detener para ensalzar el pensamiento espiritual de cada hermano, cada aspecto que se le pasa por la cabeza. Cada uno vive esos instantes de forma

diferente; unos tienen unas razones de peso, otros piensan en otras, para cada uno la más importante será la suya, y para mí La Escalera significa principalmente familia y tradición, jalonada por la representación religiosa e histórica de la escena que simboliza al paso.

Hoy estamos de nuevo en esta capilla, donde antes que nosotros, otros la pisaron, la abrieron, la cerraron, la ensalzaron y la mantuvieron con vida. Sí, con vida, como el paso. Porque una obra del patrimonio de este calado debe ser eso, un elemento vivo, pues lo contrario significaría su decaimiento.

Y está vivo cuando los hermanos lo levantamos y lo ofrecemos al cielo con la misma 'Lágrima' que O`donell escuchó ya de fondo, camino del más allá; y está vivo cuando se baja casi a ras de suelo; y cobra aún más vida cuando al salir al corro un clamor de júbilo lo recibe. Y

por supuesto, con su libre movimiento, con su baile por las calles de esta noble villa, con ese vaivén que, con cierto placer, se clava en el hombro. Rioseco espera a La Escalera para acariciarla con suavidad en la rúa mayor; y más adelante, deleitarse con la popular ‘rodillada’ a la virgen en el Arco de Ajújar. Ahí ya se enfila el final de la jornada, no sin antes subir la Mediana camino de las alubias, para despedir al Paso en la capilla hasta un año más tarde.

Os pido que os detengáis a miradlo un segundo, como tantas veces habéis hecho, mientras yo leo algunas de estas líneas. Hacedlo de arriba a abajo. No sólo las figuras. Veréis reflejadas las caras de vuestros antepasados, de vuestros padres y abuelos, de aquellos que antes os abrazaron, os colocaron la medalla al nacer. Otros miraremos con la lamentación de no haber conocido nunca

a la persona que te ha marcado en la Hermandad. Estoy seguro de que mi abuelo fue una persona buena, digna de pertenecer a esta hermandad. Lo sé porque me lo ha trasladado casi a diario mi familia, pero también porque me lo han ratificado voces muy autorizadas de La Escalera.

Tengo la suerte de proceder de una familia ‘atada’ de por vida a La Escalera con el cingulo de las túnicas; y no por la cadera, sino por el corazón. Son vínculos extremos, pues entre los fundadores de la Hermandad se pueden observar varios ‘Gallegos’.

De pequeño aprendí cada paso de la Semana Santa de Rioseco, cada autor, cada año o siglo de su fabricación. Durante nuestra estancia temporal en esta vida, porque no olvidemos que de eso se trata, hemos vivido hitos que en

decenas y cientos de años próximos serán rememorados por aquellos que heredarán este rito. Ahora somos una Semana Santa Internacional y Bien de Interés Turístico de Carácter Inmaterial, pero sobre todo somos historia, esa a la que debemos apelar. Y para no olvidarla, hay que recordarla:

Yo guardo en mente unas cuantas anécdotas vinculadas a la Semana Santa en mi familia. Siempre tuve mucho respeto por mis tíos David y Anastasio, quienes no pudieron disfrutar siempre que sacaban el paso del desfile de gremios por su trabajo; y recuerdo el momento de vestirnos con cierto nerviosismo y emoción en casa, con mi abuela Petra como testigo presente, a la que echo de menos; o jugar a sacar los pasos en el corral con un palé.

Pero siempre se me viene a la cabeza una escena que lógicamente no viví, pero perfectamente puedo imaginar. Cuando mi abuelo Perfecto sirvió el paso, en 1961, el mayordomo preparaba las alubias en casa. Mi tío Anastasio, con poco más de dos años, cayó en la gran cazuela en las que estaban a remojo las legumbres, quizás procedentes del Páramo de León. Todo quedó en una anécdota, pero precisamente son las que se deben perpetuar en la memoria de cada uno de nosotros.

Hace un año, en el medio de comunicación en el que trabajo, otro riosecano y gran compañero, Eduardo Margareto, me pidió que escribiera sobre mis sensaciones al sacar el paso. Ese Sábado Santo me senté frente al ordenador. Me dí cuenta de que no es lo mismo escribir una glosa o un texto para alguien que ya conoce a la Hermandad o la Semana Santa de esta Villa de los

Almirantes, que hacerlo para un lector general. Muchos de ellos quizás no lo habrían escuchado nunca, o sólo de oídas, aunque por mi experiencia, puedo decir que no es el caso, pues mucha de la gente que he conocido en estos años, incluso fuera de España, sabían lo que eran los Pasos Grandes de Medina de Rioseco y, como no, La Escalera. Incluso mi mujer había estado en el Corro un Viernes Santo antes de yo conocerla.

Me permito el lujo de acercarme al final de este Miércoles Santo citando un par de párrafos de aquel artículo, que titulé ‘Otra vez más, como antaño’.

Decía así:

“Maestro, que suene La Lágrima; va a salir ‘La Escalera’”, exclamó el cadena. Él guiará los designios del paso y acompañará el ritmo de los otros 19. Es en ese

momento, con la Marcha Fúnebre a la Muerte del General O'Donnell de fondo, cuando empieza uno de mis momentos más íntimos, agarrado a mi bispalote. Miro hacia arriba y veo la inmensidad de lo que tenemos entre manos. Parece mentira. Seis figuras en torno a Cristo y su Cruz. Y la escalera con la que han de bajarlo. Es El Descendimiento. Ese instante propio no dura más de medio minuto, pero parece más; es pertenencia de cada uno, un arraigo difícil de explicar, en el que la cabeza recorre muchos periodos de tu vida, de los antepasados que fueron, los que somos y los que serán, en especial tu hijo. Pero siempre hermanos de 'La Escalera'".

“Es complicado definir lo que significa ‘sacar el paso’, pero todo se resume en esos instantes previos. Mi abuelo lo sacó en el Barrón, donde hoy yo me encuentro agarrado, al mismo trozo de madera que reclama mi mano

y mis brazos, mis rodillas también. Donde huele a tradición y a pasado. No son más de 30 segundos en el que ese hondo sentimiento que mezcla fe, tradición, cultura y, sobre todo, familia, provoca una sensación que te da fuerza y te hace pensar que, como tus antepasados, los 20 afortunados de este año también serán capaces de vencer a la épica y obrar el milagro”. Tras una llamada a los sentimientos, gritó el ¡OÍDO!

Lo que llega después, todos los conocéis, muchos lo habéis sentido. Porque con la medalla al pecho llegué; y con ella me iré.

Muchas gracias y ¡Viva La Escalera!